



Inteligencia ocasional

Juan F. Ballesteros

1. *Nuestra ubicación en el mundo, 5*
2. *Humanos, dioses y semidioses, 11*
3. *Poesía, pasión e intelecto, 15*
4. *Desafíos y sueños, 21*

1. Nuestra ubicación en el mundo

La tentación de abordar el tema de la inteligencia artificial en relación con la posibilidad de redención de la humana es grande. No obstante, la inteligencia es cada vez menos transitada en términos mediáticos y por ello menos observable. Quizás sea que la inteligencia no precise de focos sino de calma y lentitud para una elaboración, proyección y aplicación sensata y satisfactoria. Además, la propia inteligencia artificial no tendría lugar sin el concurso de una inteligencia humana. El futuro, ese temido espectro, está por verse a pesar del inquietante manifiesto de advertencia sobre sus efectos que gurús de la tecnología como Steve Wozniak (Apple), Gary Marcus (NY University) o Emad Mostaque (Stability AI) y otros muchos impulsados por Elon Musk.

Más allá de especulaciones que solo aspiran a poner sobre la mesa nuestra escasa información al respecto, cabe emocionarse por los cambios que la tecnología de la mano del ciencia y la investigación nos van a mostrar, sin ir más lejos, en los próximos años. Ya no tiene validez la vetusta declaración de „lo verán nuestros nietos“, porque ahora, seremos nosotros los que podemos afirmar sin equívoco que seremos

testigos de grandes acontecimientos. La cuestión no es qué veremos, en qué cambiará nuestra vida, qué traerá de bueno y qué deberá ponernos en alerta, porque sobre todo ello, los de a pie, no tenemos ningún control ni influencia. Pero sí podemos reflexionar desde el pensamiento histórico, desde la filosofía, sobre las implicaciones sociales y emocionales que sí van a estar al alcance de nuestra mano. De cómo vamos a gestionar la información de la que dispongamos (aunque siempre será escasa) y de cómo podremos interaccionar en ciertas decisiones (más tangenciales que directas) que afectarán a nuestro día a día.

Nuestra civilización puede afirmar que la diferencia entre el humano y la bestia reside en la poesía, esto es, en el arte y la cultura. Ni siquiera en la biología, puesto que más allá de la conciencia de ser, la gestión de las sensaciones y, por ende, de sus emociones, no habría más diferencia que la capacidad de enunciarlas. El pensamiento deviene en palabra y la palabra contiene la llama de la materia, de los hechos. Sin embargo, el paradigma que se abre ante nuestros ojos puede conllevar una valoración contrastante sobre la naturaleza de la dicotomía humano-bestia. Quizás, la diferencia ya no sea tan poética (si es que no lo será

más que nunca, en tanto que ostenta la necesidad) sino, de nuevo, la biología en tanto que en oposición a la cibernética.

Otro aspecto disruptivo es el del dolor y el del placer mientras la tecnología no pueda dotar de estas emociones básicas a la máquina. Mientras el dolor *no surge para evitar nuevas heridas (fallas) sino para reparar el daño, el placer se relaciona con la anticipación inteligente, nos seduce para que nos portemos bien* (Antonio Damasio¹). Ceder el espacio hegemónico de la inteligencia a la máquina puede ser un nuevo hito en la recién estrenada nueva revolución industrial pero sin el concurso de una cultura difícilmente nos apartaremos de la bestia.

Esta contradicción se manifiesta en su propia lógica. Es decir, vivimos en un bucle que nos devuelve siempre a un punto de partida, una especie de *continuo y eterno retorno*, que diría Nietzsche. ¿Acaso cada renacimiento histórico no es una nueva cuenta atrás en tanto que debemos rehabilitarnos en los espacios cambiantes, reorganizar nuestro pensamiento acorde a las necesidades y desafíos de

¹ António C. Rosa Damásio es un reconocido neurocientífico y médico neurólogo portugués nacido en 1944.

cada tiempo, reinventarnos y mostrando una capacidad absolutamente redentora y catártica como se ha visto en la crisis socio-sanitaria a nivel global? Tan solo atisbamos una mota de la cúspide del iceberg. Todavía estamos lejos de una comprensión amplia de la fenomenología del nuevo mundo que la inteligencia artificial nos puede llegar a presentar más allá de un uso doméstico sesgado y escaso.

¿No es, acaso, esta distancia en la erística del pensamiento entre lo que vemos (nos muestran) y lo que es (o creemos ver)? Más allá de un debate de opinión, ¿qué criterio nos avala para poder resolver dialécticamente lo que subyace en el pensamiento de modo que sirva de herramienta para una mayor adaptación entre lo interior y lo exterior de nuestro hábitat? No tengo respuestas, sino más preguntas.

Todo avance tecnológico provoca pérdidas en lo humano. A pesar de ello, resulta obvio, el avance debe ser loado y no tanto desde una perspectiva deshumanizada, ajena o lejana de lo que somos como sociedad compleja cuya destrucción nos afecta a todos tanto como su salvación. El cambio que se destila radicalmente ha de ser, por fuerza, un cambio de paradigma que propicie un nuevo posicionamiento

social. La locomotora desplazó el negocio de los caballos, la mecanización industrial vejó la necesidad de la mano de obra, la robótica la necesidad de la presencia humana y la inteligencia artificial lo hará previsiblemente a la inteligencia total limitándola a una inteligencia ocasional. Más allá de cualquier debate profundo podemos convenir que viajar más rápido, acceder de modo inmediato a la información, disponer de tecnología doméstica (lavadora, lavavajillas, nevera, congelador, micro-ondas, horno, aspiradora, aire acondicionado, dehumidificador, Amazon, Netflix...) es irrenunciable. O no, y ahí sí que hay un verdadera reflexión sobre a qué estamos dispuestos a renunciar. El logro conlleva la pérdida y el equilibrio forma parte de nuestra capacidad humana de ponderar. Hace tiempo que Platón puso el cartel de *cerrado por inventario* en la puerta la caverna. *Lo único eterno es el cambio* (Arnold Schönberg²) y como tal debemos prepararnos para un futuro que comienza hoy. No es tanto una posición estoica donde la virtud de lo que somos constituirá nuestro único bien, sino que desde una posición contemplativa tengamos la capacidad expositiva de adaptar nuestro entorno para nuestro propio encaje en el mundo que viene o que ya ha llegado.

² Compositor y teórico musical austriaco, 1874-1934.

2. Humanos, dioses y semidioses

La mitología nos muestra modelos sociales localizados en el tiempo con una proyección y soluciones eternas. La mitología o las mitologías nos dan una imagen de problemas mundanos compartidos durante milenios en tanto que, como seres biológicos, respondemos a los mismos estímulos allende nuestra geolocalización y momento. La mitología griega nos habla de dioses y semidioses en contraposición a la acción humana. Desde la mitología sumeria hasta nuestros días, los arquetipos son los mismos: el pensamiento sobre la muerte, el amor y la trascendencia.

Los griegos crearon su visión del mundo a través de la unión de Caos, Gea y Eros. Los sumerios a través del enunciado cielo, tierra e inframundo. La mitología azteca, por su parte, narra que Quetzalcóatl y Tezcatlipoca crean el cielo y la tierra desmembrando al monstruo de la tierra Tlaltecuhli. Por poner solo algunos ejemplos de las tríadas que han sustentado el pensamiento humano frente a la imponente vacuidad ante los misterios de la naturaleza.

Todas las mitologías/religiones convergen en que una acción superior provocó la creación del mundo y de la vida. La necesidad humana de contar con un relato fue, de alguna manera, el nacimiento del pensamiento y del humanismo. Hacerse preguntas aunque las respuestas sean imprecisas y esquivas, nos convierte también en humanos en contraposición con la bestia, ¿acaso con la máquina? El humano, en su indefensión ante el fabuloso espectáculo de la creación y de la vida, precisa de un tutor, mentor, maestro o dios como respuesta a sus preguntas. La creación de una figura simbólica responsable de todo bien y todo mal, nos exime de ciertas responsabilidades por lo que toda cultura precisa un dios más allá de las interpretaciones de que el ente sea algo externo o nuestro hálito interior, como de un modo más explícito ofrece el taoísmo.

Toda mitología precisa de un dios (redentor, castigador o ambas cosas) y también de un semidiós que sirva de intercesor, de abogado entre el humano y el dios. En la nuestra, Jesús (Jesucristo) representa la figura del semidiós, en tanto que hijo de mortal (Maria) y dios (Yahvé). Esa conexión directa con la divinidad desde la mundana encarnación nos acerca al mismo tiempo que nos aleja de una comprensión

cosmogónica de nuestra propia naturaleza y propósito en el mundo.

Superado el relato mitológico o, mejor, asumido el drama psicológico que representa a través de las diversas religiones, la divinidad debiera habitar en nuestro propio ser, como entelequia aristotélica de un cuerpo organizado y constitutivo de elementos no tangibles o, quizás, ese todo nietzschiano que el ser humano comprende. Nuestros nuevos dioses son aquellos aspectos que nuestra conciencia tiene dificultad de asumir, como fueron las deidades los inconmensurables conceptos que había que humanizar desde el antropomorfismo, esto es, la nuevas máquinas que no somos capaces de asimilar. Los miedos históricos se han manifestado a través de la tecnología de cada momento. Códigos y algoritmos que nombramos sin comprender y que, ante una falta de morfología, todavía quedan más lejos de nuestro alcance por lo que la loa y el temor van de la mano cuando apenas mentado el concepto de inteligencia artificial.

Si la tecnología es el nuevo dios, ¿somos los humanos los nuevos semidioses en tanto que co-artífices o intercesores? ¿qué seres ocuparían el de los antiguos

humanos? ¿el reino animal o humanos rezagados con la tecnología? El parangón, admito, da miedo, pero quizás hay un sesgo de animalidad (entendida esta como una incapacidad de realizar tareas humanas, o de los nuevos humanos-semidioses) en la imposibilidad de alcanzar y comprender la novedad.

En la antigüedad, los semidioses intercedían entre los humanos y los dioses. Así, ¿son los nuevos semidioses capaces de estar en comunión con los nuevos dioses? ¿o cabe pensar que los semidioses son tan solo los gurús y creadores de las nuevas inteligencias-dioses? ¿en qué lugar nos sitúa al resto? ¿seremos la mayor parte de la humanidad esta nueva tercera categoría? ¿estamos en los albores de una nueva mitología, de una nueva religión donde los dioses no lanzan rayos ni nos castigan sino que nos subyugan hacia las profundidades del desasosiego existencial en tanto que carecemos de conocimiento? ¿qué haría falta para una comprensión adecuada en la era de la super información? Las respuestas, quizás, se hallen en la poesía.

3. Poesía, pasión e intelecto

La poesía pudiera ser entendida como una forma libre o artística de expresar conceptos filosóficos. La propia afirmación puede conllevar una clara pero perturbadora semilla moralizante. Podríamos, no obstante, desmembrar el argumento atribuyendo a la poesía connotaciones puramente estéticas, puramente hedonistas frente a los contornos puramente lógicos de la filosofía. El intento sería un fracaso, claro está, en tanto que poesía y filosofía no deben soltarse de la mano más allá de sus propios límites argumentativos. La filosofía podría ser, en términos redundantemente poéticos, una poética del pensamiento en tanto que bello dado su finalidad de vivir mejor aun con el conocimiento profundo de los estercoleros morales de la propia vida. La poesía, por su parte, contendría en su versión más excelsa, el hálito catártico y edificante de un mensaje más allá de lo meramente agradable y aprehensible.

La poesía, en todas sus expresiones artísticas, esto es, literatura, música, teatro, pintura, escultura, arquitectura y cine, forma parte indisoluble del ser humano. La capacidad de crear nos ha sido dada al igual que nuestra capacidad para disfrutar y alcanzar

una experiencia estética en tanto que el arte nos cuenta historias comunes, relatos de vivencias compartidas como especie en todas sus vertientes. El afecto hacia un hecho artístico dependerá, eso sí, ya no tanto de la capacidad discursiva propia del conocimiento del medio artístico decepcionado sino en la voluntad de tomar conciencia de ser parte de ese arte y dejarse seducir por él. ¿Acaso es más susceptible de sucumbir a los hechizos del arte el docto que el lego que no ha tenido acceso al conocimiento de los contornos de una obra de arte dada? ¿posee menos sensibilidad éste que aquél?

La sensibilidad no es privativa del conocimiento, en todo caso posibilita su enunciación. La sensibilidad es consustancial al ser como tal, más allá de su inclinación o de su participación en el proceso discursivo. ¿Es más sensible un músico cuando escucha a Beethoven que quien no lo es? Claramente no, en todo caso, el músico podrá explicar los ítems que le llevan a expresar su sensibilidad, incluso quedaría sin resolverse qué giros melódicos, encuentros acordales, tensiones organológicas, ... provocarían que su piel se erizara. El no músico, no podrá hablar de melodía, armonía, instrumentación, pero podrá decir qué y cuándo le provoca una

emoción intensa. En definitiva, la emoción no depende de su conocimiento sino de su acercamiento. Y aquí, es donde se hace necesario un proceso empático mayor de la cultura a todas las capas de pensamiento dado el receptor es el mismo: el ser humano. La máquina, podrá medir los afectos relacionados con determinados estímulos tal y como haya sido programado o, como ocurre con la inteligencia artificial, según los datos que disponga de la big data. Incluso, podrá definir (o imitar) los argumentos sobre las consecuencias de la exposición a un hecho artístico. Pero, ¿podrá explicar más allá de los movimientos químicos subyacentes de una emoción la sensación que le produce? Acepto que tampoco todos los humanos tienen la capacidad de explicar de manera consecuente la emoción, la sensación cuando se eriza la piel, el palpito cuando se altera el ritmo cardíaco al contemplar la belleza, lo que se deriva de la explosión de neurotransmisores cuando nos enamoramos. Cierto, pero tenemos la ventaja de que más allá de las palabras estará el sentimiento, absolutamente ajeno a la máquina. La inteligencia artificial solo puede realizar cálculos selectivos basados en todas las composiciones musicales de los últimos ochocientos años que hayan sido registradas.

Dado que los modelos musicales basados en el sistema tonal responden a un orden específico del que subyacen las melodías aprehensibles según la estética, necesidad afectiva y desempeño del compositor o compositora en aras del progreso, las combinaciones no son tantas y, por ello, el proceso de composición de una máquina no es arduo ni complejo en términos absolutos. Si añadimos la falta de originalidad en el último medio siglo en cuanto a la música de consumo masivo, resulta hasta cierto punto bochornoso que la diferencia entre la máquina y los autores de moda haga vencer la báscula hacia la primera. Si hablamos de música de evolución clásica, lo que llamamos música culta (el término, desde luego, no es el más acertado pero nos acerca al concepto de una forma más inequívoca) debemos ser honestos y admitir que el humano ha ido plagiando con más o menos disimulo toda la música de los últimos dos siglos, como puede escucharse en la mayoría de las bandas sonoras de los grandes títulos cinematográficos.

Aún así, ni la gran música, si atendemos a la innovación desde principios del siglo XX se ha llevado a cabo, ni las artes plásticas dado que ninguna máquina puede dotar de sentido (o sensibilidad) al

trazo del pincel, ni a la poesía que, a lo sumo, podrá calcular la métrica de los versos o hacer una búsqueda de términos tenidos por poéticos, será vencida por el suspiro que provoca una coma o la ausencia de esta.

Los pequeños gestos son los que determinan las grandes obras y más allá de un perfecto mimetismo, qué duda cabe, lo que de espiritual tiene el arte, parafraseando el título del manifiesto de Vasily Kandinsky³ donde dice cosas como, *es bello lo que procede de una necesidad interna del alma o el arte va más allá de su tiempo y lleva parte del futuro*. Términos y afirmaciones donde la máquina no alcanza.

³ Pintor y teórico ruso, 1866-1944.

4. Desafíos y sueños

El mayor desafío al que históricamente se ha enfrentado la humanidad no ha sido otro que el de pensar. El pensamiento es la única garantía de éxito social. Sin una capacidad de reflexión la ciudadanía se ve despojada de una herramienta valiosísima de emancipación, de desarrollo y de (re)evolución. La soñada trascendencia no puede alcanzarse sin las cotas mínimas de alguna capa de pensamiento. La razón de pensar no pasa exclusivamente por la capacidad de crear y de prosperar tecnológicamente aun con las irreprochables ventajas de ésta como ya se ha aludido sino, sobre todo, de reconquistar nuestro espacio interior, reconocimiento del ser y puesto al servicio de un entorno más favorecedor por el concurso individual.

Todos los factores que intervienen en la sociedad del bienestar, quizás una entelequia con ciertas dosis de hipérbole discursiva atendiendo a lo global más allá del lado abundante del mundo que nos ha tocado vivir, no tendrían base sólida si no es desde el desempeño de la cultura, entendiendo esta como una amalgama de emociones subjetivas basadas en la creación humana como tributo fraternal a la objetividad en el arte. El arte es

la gran conquista del ser humano. El arte, a través de la literatura, música y artes plásticas y escénicas y, no olvidemos, también a través de la mitología, ha introducido elementos propicios para un pensamiento global. Por todo ello, el desafío al que nos enfrentamos, cada uno desde la posición que le sirva para sumar, no es otro que el de preservar la esencia del ser, lo que somos incluyendo a la tecnología en la ecuación, porque también nos ha salvado. Pero si la tecnología se convierte en único foco y nos privamos de la cultura, corremos el riesgo de convertirnos en una suerte de máquinas biológicas sin capacidad de rescatar de nuestros sueños la capacidad de crear un entorno más habitable.

Todas las tradiciones tienen su propio dios o diosa del sueño como Tot (Egipto), Baku (Japón), Vishru (hinduísmo), Nanše (Mesopotamia). El gran dios Zeus (Ζεύς, Dao, Tao, Deo, Dios) castigó a Morfeo por haber revelado secretos a los mortales a través de sus sueños. Desde nuestra complejidad social hemos construido un relato donde la racionalidad debe ocupar el único lugar hegemónico del devenir humano. Los sueños, son considerados fantasías, una ilusión metafísica (Nietzsche) que nos son arrebatados en el mundo ¿real? de la vigilia. Pero los soñadores

como los amantes siempre son escépticos a estos conceptos de tal manera que siguen soñando y siguen amando más allá de cualquier algoritmo de racionalidad.

El poema *Los amorosos*, de Jaime Sabines da cuenta de esa capacidad de estar, de ser, en el más amplio sentido de los verbos. Una oportunidad que el humano se da para ser más humano.

*Les preocupa el amor. Los amorosos
viven al día, no pueden hacer más, no saben.
Siempre se están yendo,
siempre, hacia alguna parte.
Esperan,
no esperan nada, pero esperan.*

Esa humanidad que nos permite estar errados, ir y volver una y otra vez por la senda equivocada, crecer y permanecer a través de ese aprendizaje que sólo otorga la capacidad de amar para volver a intentarlo. La máquina no se equivoca porque no es humana. La máquina no ama porque no puede no creer en el algoritmo. La máquina no sueña porque no busca más allá de su mundo conocido. Soñar es ser, como solo lo es el humano.

Ibiza, agosto de 2023